

La Inteligencia Artificial Generativa como desafío y oportunidad: Tensiones, mediaciones y transformaciones en la escuela

Luciana Albornoz

La irrupción de la inteligencia artificial en el ámbito educativo ha puesto en evidencia no solo nuevas posibilidades pedagógicas, sino también diversas tensiones institucionales, educativas y culturales. Mientras las tecnologías avanzan a un ritmo acelerado, las escuelas y quienes las habitamos nos vemos interpelados a repensar prácticas, roles y sentidos. En esta entrevista, la especialista Carina Lion analiza cómo la IA ingresa muchas veces a partir de usos espontáneos e individuales. Durante la conversación, la pedagoga nos invita a pensar acerca de cómo ese fenómeno genera resistencias y la necesidad creciente de construir criterios comunes. A lo largo del diálogo, reflexiona acerca de los acompañamientos requeridos para que los equipos docentes transiten estos cambios con mayor autonomía, claridad y resguardo pedagógico.

Luciana: Primeramente, gracias por recibirnos. Sabemos que tenés una agenda muy apretada, pero no queríamos dejar pasar la oportunidad de preguntarte acerca de tus reflexiones sobre los tiempos que corren, principalmente en cuanto a la relación entre tecnología y educación. Para empezar, nos gustaría saber cómo llegaste a la docencia, por qué elegiste la docencia en Educación Superior, cómo decidiste ser investigadora y si ambas trayectorias podrían haber ido separadas.

Carina: La pregunta me remonta a hace treinta años, cuando empecé como adscripta de Edith Litwin en la materia Educación a Distancia. Ella me propuso sumarme al equipo de cátedra. En ese momento tenía 21 años y acepté. Paralelamente cursaba un profesorado, así que empecé a dar clases muy joven: desde los 20 años soy docente; en el nivel superior desde los 21, y fui creciendo en distintos roles. Luego concursé el cargo de ayudante de primera en Fundamentos de Tecnología Educativa, también bajo la titularidad de Edith Litwin. Con el tiempo llegué a ser profesora y participo de dos cátedras: Comunicación y Educación, de la que estoy a cargo, y Educación y Tecnología, asignatura en la que acompaño como Adjunta a Mariana Maggio, que es la Titular.

La investigación llegó como parte del trabajo del equipo. Formábamos parte de un proyecto UBACyT dirigido por Edith, que nos convocó a formarnos. Comencé como investigadora en formación, luego fui becaria de iniciación bajo la tutela de Marta Libedinsky y becaria doctoral con Edith. Ser becaria de la UBA me permitió terminar mi tesis doctoral. Ya pasaron muchos años desde entonces (me doctoré en el 2002): estoy más cerca de jubilarme que de aquellos inicios, pero sigo abrazando la docencia en el nivel superior desde 1994 y en Educación Media desde 1989. Son muchos años de trabajo docente.

Luciana: A lo largo de tantos años, seguramente leíste, pensaste y tensionaste tu propio pensamiento. Hoy, en este punto de tu carrera, si tuvieras que elegir tres o cuatro autores en los que te apoyás para construir tus ideas en torno a la educación, ¿cuáles serían y por qué?

Carina: Es difícil elegir, pero uno de ellos es Bruner. Desde *“La educación, puerta de la Cultura”* hasta sus desarrollos sobre mundos posibles, su pensamiento sigue siendo vigente. Hoy, por ejemplo, cuando hablamos de Inteligencia Artificial Generativa y diferenciamos inteligencia de agencia, esa noción de agencia está en Bruner. También su idea de negociación de significados, de construcción colectiva, de externalización y obra sigue siendo central.

Otro autor que tomo es Eisner, especialmente en Cognición y Currículum. Su perspectiva sobre cómo se generan las ideas —desde las primeras sensorialidades hasta las formas de representación— y su noción de conocimiento expresivo dialogan hoy con los lenguajes tecnológicos y la Inteligencia Artificial Generativa.

También recurro a Salomon, por su concepto de cognición distribuida en relación con los efectos de y con las tecnologías, y por la cognición situada y la inteligencia aumentada. Hoy esas ideas se ven interpeladas por autores como Hales y los estudios sobre ensamblajes cognitivos o pensamiento no consciente, pero se sostienen en los trabajos de los años 90.

Y, por supuesto, Edith Litwin, mentora y maestra. Su propuesta de ruptura de la didáctica clásica, de abandonar la linealidad, de pensar en configuraciones didácticas siguen siendo fundamentales. También su advertencia sobre la fascinación instrumental —las “luces de colores”— continúa vigente hoy, cuando intentamos domesticar la Inteligencia Artificial Generativa. Ella nos enseñó que la innovación no la trae la tecnología sino la construcción de una didáctica de nuevo tipo.

Luciana: Hace poco presentaste el libro *Experimentar con la Inteligencia Artificial. Notas para educadores alertas*. ¿Podrías contarnos de qué trata? ¿Por qué “educadores alertas” y por qué una guía?

Carina: Es un libro escrito en coautoría con Betina Lippenholtz. Somos dos autoras con trayectorias diferentes: yo provengo de la educación, la tecnología educativa y la investigación; Betina viene de la literatura, las Letras y el trabajo documental. Por eso el libro combina una mirada educativa con una mirada cultural que problematiza la inteligencia artificial y sus retos en la educación, pero a la vez invita a experimentar. Lo llamamos “educadores alertas” porque sostenemos la hipótesis de que no hay que tener miedo a la inteligencia artificial; no debe paralizarnos. Hay que animarse a experimentar.

La tercera parte del libro incluye ejercicios para llevar a la práctica. Es una guía con andamiaje teórico —mucha bibliografía, conceptos y autores— pero también una invitación a perder el miedo, probar herramientas y hacerlo desde una perspectiva crítica. La alerta consiste en comprender cómo funciona, experimentar, equivocarse y estar atentos a que esto recién empieza. Debemos mirar las tendencias culturales y los consumos de los jóvenes. Entre teoría y práctica proponemos un diálogo fértil.

Luciana: La inteligencia artificial genera debates y también temores. ¿Qué amamos cuando amamos la inteligencia artificial y a qué le tenemos miedo cuando le tememos?

Carina: Amamos su capacidad de agencia y de resolución rápida y eficiente. Lo que antes demandaba mucho tiempo —como procesar entrevistas en Atlas.ti, MaxQDA o Notebook LM para obtener reportes y categorías analíticas— hoy puede lograrse más velozmente. Eso ayuda, sin reemplazar la matriz analítica y crítica que debe construir el investigador.

El miedo, en cambio, aparece ante la posibilidad de que genera información que no es conocimiento y parte de esa información es sintética, no es certera, requiere de verificación y contraste. Me preocupa la baja simbolización en los jóvenes, los atajos emocionales y el uso de la herramienta para autodiagnosticarse, junto con la falsa empatía, los datos sintéticos y las alucinaciones de la IA. Desde lo epistemológico, la inteligencia artificial demanda una curaduría que requiere base teórica. También preocupa el uso indistinto para temas emocionales: adultos que la usan como oráculo y jóvenes que se autodiagnostican. La respuesta sigue siendo construida por un algoritmo.

Además, hay riesgos en términos de autonomía, pensamiento crítico, creatividad y demora reflexiva. Son cuestiones que exigen una mirada crítica y comunitaria para analizar los dilemas éticos, políticos, emocionales y cognitivos que trae consigo. La inteligencia artificial ya ingresó en la escuela, pero muchas veces lo hace por vías no tradicionales... Y genera resistencia.

Luciana: Si la inteligencia artificial, al igual que otras innovaciones, entra a las instituciones por una “puerta trasera”, generando resistencias y temores, ¿de qué manera es posible transformar esa resistencia en una oportunidad pedagógica? ¿Y quiénes deberían acompañar a los/las docentes en ese proceso de incorporación más consciente y guiada?

Carina: Es cierto que muchas innovaciones entran por la puerta trasera, pero es imposible que algo tan instalado culturalmente no ingrese. Los jóvenes ya usan Inteligencia Artificial Generativa. Como docentes, hay mitos que nos atemorizan, como el de la sustitución laboral. Algunas tareas automatizables podrán ser reemplazadas; otras no. Las que implican cuidado, empatía, emocionalidad, vínculos y pensamiento crítico son indelegables. La imaginación pedagógica es indelegable. Lo mismo que el esfuerzo cognitivo.

Nunca fui resistente a las tecnologías, pero es cierto que hoy el ritmo vertiginoso de desarrollo puede generar resistencia en algunos/as. La educación siempre trabajó con tiempos demorados y ahora los tiempos culturales se aceleran. Por eso, necesitamos convertir esa resistencia en una comunidad crítica que revise buenas prácticas y diseñe escenarios de anticipación. La educación suele llegar tarde a los cambios culturales, nos sobrepasan. Debemos preguntarnos qué educación queremos, qué jóvenes necesitamos formar, qué contenidos son relevantes y qué habilidades son necesarias.

El ejercicio de anticipar futuros —distópicos, utópicos o realistas— es fundamental. Preguntarnos qué pasaría si no pudiéramos distinguir lo falso de lo verdadero, si aumentara la pobreza cognitiva, si delegáramos más capacidades en las herramientas, si desapareciera el diálogo intergeneracional... Formular buenas preguntas es central.

También retomo a Jackson y su noción de enseñanza implícita y de docentes memorables: pensar qué experiencias valen la pena para nuestros estudiantes. Pasar de evaluar rendimiento a pensar en experiencias que marcan trayectorias.

Luciana: La evaluación genera mucha tensión en este escenario. Muchos docentes sostienen que ya no pueden pedir trabajos domiciliarios porque no saben si los realiza el estudiante o la inteligencia artificial. ¿Cómo repensar la evaluación hoy?

Carina: Si se cambia la enseñanza, debe cambiar la evaluación. La evaluación como comprobación puede exigir que no se use inteligencia artificial generativa, pero debemos

volver al sentido: ¿para qué evaluamos? Una cosa es la evaluación para acreditar, para la progresión o los estándares; otra es la evaluación para el aprendizaje.

Hoy existe un solapamiento entre aprendizaje y rendimiento que es necesario revisar. También necesitamos evaluaciones diversas: algunas centradas en el rendimiento para contar con evidencias; otras que promuevan creatividad, imaginación, habilidades o inteligencia colectiva, o que inviten a externalizaciones creativas. Todas son necesarias.

Además, habría que someter las evaluaciones a examen: pedirle a la inteligencia artificial que responda nuestras consignas y observar si responde bien, si alucina, si puede resolverlas. También debemos diversificar estrategias para contemplar aulas heterogéneas, diversidad e inclusión.

El aprendizaje real solo se visualiza en el largo plazo. En el cuatrimestre vemos rendimiento, pero ¿qué queda cuatro años después? Las evaluaciones actuales son cortoplacistas. Esto exige revisar también el currículum, que sigue siendo maximalista y reproduce la sobreabundancia informativa de Internet. Queremos que los estudiantes jerarquicen, pero no les enseñamos cómo. Tampoco codiseñamos con ellos. Promovemos autonomía sin ofrecer oportunidades reales para decidir. Todo esto requiere revisión curricular, de habilidades, de aprendizajes y de políticas institucionales.

Luciana: Durante los siglos XIX y XX pasamos de un paradigma positivista a uno constructivista en la comprensión de la construcción del conocimiento. Pero con la inteligencia artificial, algunas operaciones que creíamos exclusivamente humanas —relacionar, tensionar, analizar— pueden ser realizadas por sistemas. ¿En qué aspectos considerás irremplazable al ser humano? En este sentido, ¿desde qué lugar debería posicionarse la educación hoy?

Carina: Es una pregunta compleja. Puedo hipotetizar... Cuando leo a Hayles sobre la cognición no consciente, a Tripaldi sobre mentes paralelas o Los hongos del fin del mundo, aparece la idea de una humanidad aumentada (ya no sólo de inteligencia aumentada), de hibridación humano-máquina y de metatecnologías capaces de operar sin intervención humana. También pienso en las advertencias de Harari sobre algoritmos que actúan entre sí sin mediación humana que ponen en riesgo el sistema democrático.

Frente a esto, considero irremplazables el sostén emocional, el cuidado, la escucha genuina, la comprensión de contextos, trayectorias e historias. La inteligencia artificial procesa inputs y patrones predictivos, pero no comprende. No entiende trayectoria familiar, contexto ni metalenguajes como la ironía, el humor o la ambigüedad. Todo lo vinculado con el pensamiento crítico, el cuidado y la construcción comunitaria sigue siendo indelegable. La educación es un espacio de sostén, de comunidad, de mirada compartida y también de alerta crítica.

Por eso no estoy a favor de la prohibición. Temas como grooming, phishing o violencias digitales necesitan trabajarse en la escuela. ¿Dónde, si no? Las familias no siempre cuentan con herramientas. Prohibir no resuelve la complejidad: el bienestar digital se construye dentro de la escuela. Y también debe incluir la formación docente en estos temas.

Luciana: Para cerrar: mientras algunas instituciones avanzan con estos debates, otras atraviesan precariedades edilicias, falta de conectividad y problemas de acceso. ¿Estamos frente a una nueva brecha digital, quizá más amplia?

Carina: Tengo una posición tomada, hoy cualquier chico con un celular accede a inteligencia artificial, porque todas las aplicaciones principales ya la incorporan. Aunque falte conexión en la institución, si hay 3G o 4G, está presente.

Pero sí existen otras brechas. La disponibilidad de dispositivos es importante y las escuelas deberían contar con conectividad y equipamiento; hubo una discontinuidad enorme de las políticas de inclusión digital, y la tecnología sigue siendo un derecho. Sin embargo, esa es solo una capa. Existen brechas de apropiación crítica, de género, de autorregulación y de habilidades. No ofrecemos un abanico suficiente de posibilidades para desarrollar autonomía ni pensamiento crítico. Las brechas son múltiples: la multibrecha. El acceso no las resuelve; apenas las inaugura.

Cuando pienso que la educación es un derecho y la soberanía tecnológica una obligación, veo que también el futuro es un derecho. Hoy seguimos discutiendo lo básico mientras otras regiones debaten la regulación de la inteligencia artificial generativa. No estamos pensando en marcos pedagógicos ni institucionales. Urge atender lo elemental para poder avanzar con las demás capas de la brecha.

Luciana: Carina, te agradezco muchísimo por habernos atendido. Por supuesto estás invitada desde nuestra universidad a presentar tu libro cuando quieras. Muchas gracias.

Carina: Gracias a ustedes.

Incómoda, imprecisa, odiada.... Veloz, resolutiva, amada.

Lejos de constituir un fenómeno externo, la inteligencia artificial ya es una parte esencial y problematizadora del escenario educativo. Aun cuando su presencia -o ausencia- se nos vuelva difusa, desigual, tácita. Por ello, es necesaria la promoción de espacios de formación, debate y elaboración colectiva que nos permitan transformar la experimentación aislada en una política pedagógica consciente. Tal como destaca Lion, el desafío no radica en aceptar o rechazar la IA, sino en comprender sus implicancias, reconocer las condiciones reales de su uso e involucrar a la comunidad educativa en decisiones que orienten su integración con sentido. En este horizonte, la escuela se vuelve un actor clave para garantizar que la tecnología habilite procesos de aprendizaje más críticos, inclusivos y significativos.